La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

							J
		L			1		3
					K		
		3				M	
				N			

SOLUCION

J=Dama; K=Caballo; L=Torre; M=Rey; N=Alfil.

Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

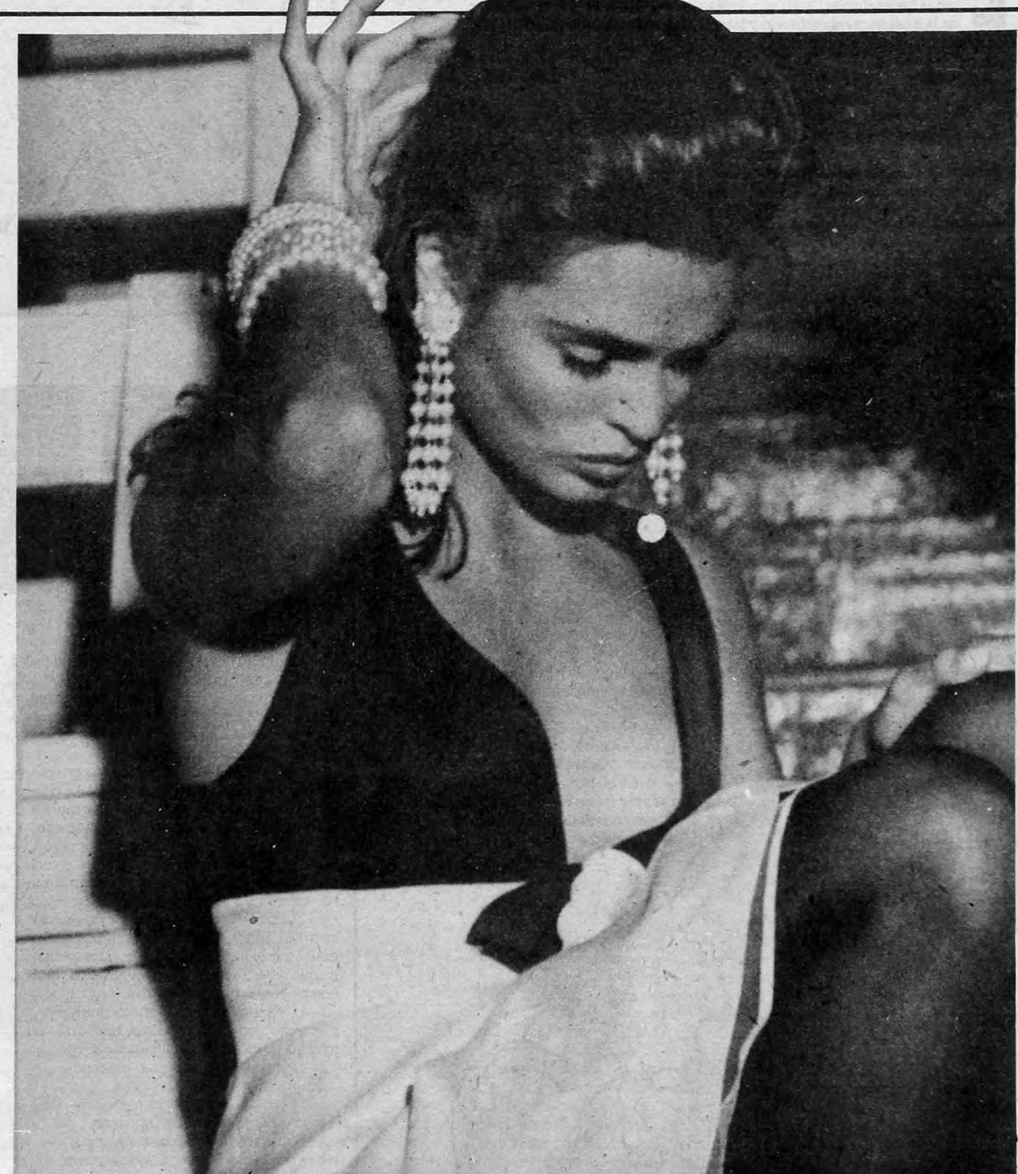
				B	R
				4	0
8	4	2	3	0	2
9	1	5	7	0	1
1	6	3	7	1	0
9	1	3	5	1	0
9	6	8	3	1	0

SOLUCION 2645

Verano/12

EL RESPLANDOR

(Por Manuel Vicent) La cuestión filosófica más profunda consiste hoy en discernir si hay que llevar en verano el tercer botón de la camisa desabrochado. Cuando ahora la historia galopa sin bridas por un barranco lleno de escaparates la nueva utopía germina en los talleres de alta costura, en los laboratorios donde se amasan todas las cremas de belleza, incluida la de Belcebú. Ofuscada por el resplandor de las salchichas de Francfurt la historia sólo es un caballo que quiere vestirse de Hermes en el borde del acantilado. Allí los asesinos a sueldo muestran a los clientes una lista de precios a la baja; la peste genital diezma a los estetas sobre los almohadones, cualquier marquesa puede ser visitada por un ángel con la baja formando ambos una magnífica Anunciación; la muerte observa a la multitud desde el fondo de la salsa mahonesa. Y, no obstante, el ser humano cada día tiene la oportunidad de convertirse en héroe de sí mismo mientras se afeita, se depila o se fumiga con perfume íntimo la geografía del sexo. Reflejarse en el espejo del baño durante un cuarto de hora significa la inmortalidad. Uno intenta descifrar los jeroglíficos que describen las arrugas en el rostro confundiendo su enigma con la conciencia y al mismo tiempo siente que algo trepida detrás del cogote. Es el mundo que se cae a pedazos cada mañana antes del desayuno, pero nadie se preocupa. Las cámaras convierten en imágenes de algodón las hondas tragedias y el comensal las engulle luego en el telediario de sobremesa rumiando a la vez una zanahoria. La nueva utopía se halla ya expuesta en las vitrinas. El último infierno también ha sido lanzado. Ahora el fuego perenne es la droga y los demonios llevan bigote colombiano. Aunque medio planeta se muera de hambre todo irá bien si llevas desabrochado el tercer botón de la camisa. El resto de la filosofía estriba en contemplar en el interior del espejo donde te miras la galopada de un caballo ofuscado por el resplandor de las salchichas de Francfurt que huye por un barranco lleno de escaparates.





TARJET

Por Leo

Leo Maslíah es
las ha ingeniad
entre la músic
sin perder el
escrito cuent
teatro y novel
obras se dest
transversal
Menéndez", "E
Fin", "El lado
pelvis" y "La t
cuentos". Edici
publicará en e
de abril su n
roja", cuyo pri
adelanta en es

El secretario entró sin golpear. La moquette roja le golpeó los ojos, como todas las mañanas. Pero el marrón de la biblioteca, el escritorio y los sillones se los apaciguó con su maternal caricia óptica.

—¿Y bien? —preguntó el presidente. Tenía un copioso desayuno desplegado a lo largo y a lo ancho del escritorio.

—Las cosas empeoraron —dijo el secretario—. Los banqueros se niegan a reconocer las cuentas de sus clientes. Dicen que ese dinero siempre les perteneció. A ellos. Y los ahorristas están acampados en las puertas de los bancos, haciendo huelga de hambre en reclamo de sus haberes.

—Sírvase una tostada —dijo el presidente.

El secretario tomó asiento y empezó a comer.

—La policía se niega a intervenir —dijo al rato.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Dicen que su equipamiento es obsoleto. Piden armas químicas.

—¿Y qué hay del ejército? —preguntó el presidente.

—Nada —contestó el secretario, con la boca llena de mermelada.

—¿Nada? Explíquese.

El secretario tragó y dijo:

—No hay más ejército.

—¿Cómo dice? Llame al general Lareneg. Dígale que quiero hablar con él a la brevedad.

—No va a ser posible, señor. El general Lareneg falleció esta madrugada. El fue quien marchó al frente de las tropas anoche. y perdimos.

—Contra quienes.

—Contra las vacas, señor. El general Lareneg llamó a todos los soldados a aniquilar a las vacas del campo, pero fracasó. Las vacas estaban bien pertrechadas. Nos ganaron.

—¿Quiere café? —preguntó el presidente.

El secretario dijo que sí y se sirvió él mismo.

—Yo también quiero —dijo el presidente.

—Claro, señor —dijo el secretario y llenó la taza del mandatario.

—¿Y usted cree que... podremos contar con los bomberos?

—¿Los bomberos? Sí, creo que sí. El ministro del Interior está tratando de localizarlos.

—¿Localizarlos? ¿No están acaso en el cuartel?

—¿El cuartel? No, señor. El cuartel general de bomberos es ahora una quesería.

—¿Una quesería? Válgame Dios, qué idea. ¿Y hay mucha gente comprando?

—¿Comprando? No, todo lo contrario, señor. La gente huye de esa zona. Hay un olor espantoso.

—¿Espantoso? ¡Vamos! ¿No será por el queso roquefort? Quizá la gente de allí no sepa apreciar el olor del queso roquefort.

—¿Roquefort? No, señor, es queso cuartirolo. Queso cuartirolo en avanzado estado de descomposición. Y todas las ratas de la ciudad se están dirigiendo en manadas hacia allí.

—¿Hacia allí? Entonces es nuestra oportunidad de acabar con ellas. Llame a Bromatología y pídales que vayan a fumigar.

—¿Fumigar? Eso no será necesario, señor. Estoy seguro de que las ratas van a morir apenas prueben el queso.

—¡El queso! ¡Eso es! Haga que descarguen ese queso en la jefatura de policía. Quizá eso colme sus apetencias en cuanto a armas químicas.

—¿Químicas? Oh, no, señor. Este queso opera de otra forma. Es radiactivo.

—¿Radiactivo? ¡Excelente! Vaya usted al Ministerio de Energía y sugiérales que lo usen para construir una nueva central que nos abastezca de electricidad.

—¿Electricidad? Disculpe, señor, pero eso es lo que nos sobra en este momento. Es cierto que los ríos se secaron, pero hay mucho viento y las represas están funcionando a todo tren.

—¿A todo tren? Entonces hablaré con el canciller para que ofrezca energía barata a sus colegas de nuestros países limítrofes.

—¿Limítrofes? Ya no tenemos países limítrofes, señor. Pediré al Instituto de Geografía que le haga llegar cuanto antes un mapa que muestra nuestra actual posición. Nos hemos convertido en una isla.

—¿Una isla? ¡Vaya! —dijo el presidente, deteniendo con una servilleta el chorro de miel que le caía desde el bigote izquierdo.

—¿Izquierdo? —preguntó el secretario.

El presidente frunció el ceño.

—No comprendo lo que me quiere decir —dijo—. Qué es eso de izquierdo.

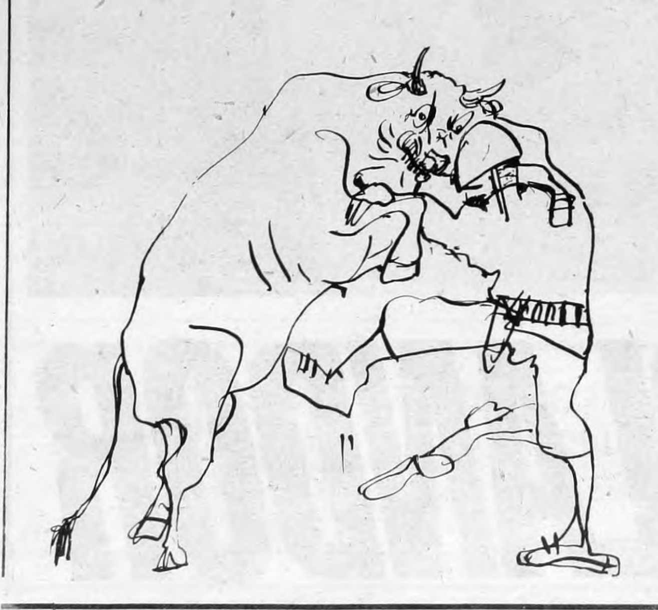
—Nada, señor —se excusó el secretario—. No sé por qué dijo eso. ¿Puedo servirme jugo de naranja?

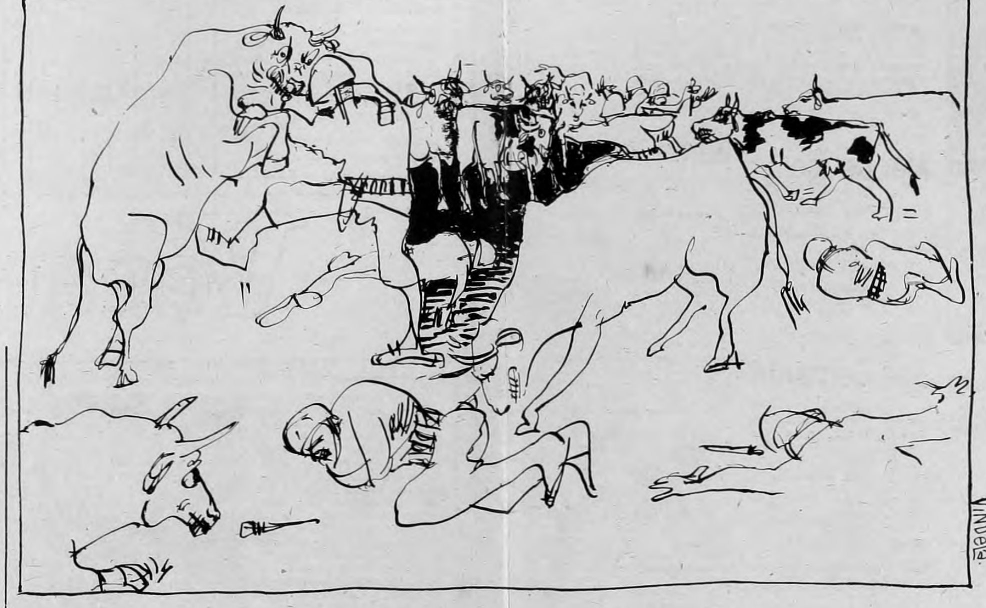
—¿Jugo de naranja? ¡Por supuesto! Y de melón también, si lo desea. Está exquisito.

—¿Exquisito? No lo creo, señor. El jugo de melón es una mierda.

—¿Una mierda? Cuide su lengua, secretario. Va a necesitarla mucho si quiere seguir acompañándome en la empresa de sacar nuestro país a flote.

—¿A flote? Con el debido respeto, señor, creo que usted se equivoca. Lo que debemos hacer es todo lo contrario. El Instituto Oceanográfico me ha informado que nuestro país se elevó en las últimas horas varios metros en relación con su antigua posición respecto del nivel del mar. Esta elevación, por otra parte,





TARJETA ROJA

Por Leo Masliah

Leo Masliah es uruguayo y se las ha ingeniado para caminar entre la música y la literatura sin perder el equilibrio. Ha escrito cuentos, piezas de teatro y novelas. Entre sus obras se destacan "Historia transversal de Floreal Menéndez", "El show de José Fin", "El lado oscuro de la pelvis" y "La tortuga y otros cuentos". Ediciones De la Flor publicará en el próximo mes de abril su novela "Tarjeta roja", cuyo primer capítulo se adelanta en este suplemento.

El secretario entró sin golpear. La moquette roja le golpeó los ojos, como todas las mañanas. Pero el marrón de la biblioteca, el escritorio y los sillones se los apaciguó con su maternal caricia óptica.

—¿Y bien? —preguntó el presidente. Tenía un copioso desayuno desplegado a lo largo y a lo ancho del escritorio.

—Las cosas empeoraron —dijo el secretario—. Los banqueros se niegan a reconocer las cuentas de sus clientes. Dicen que ese dinero siempre les perteneció. A ellos. Y los ahorristas están acampados en las puertas de los bancos, haciendo huelga de hambre en reclamo de sus haberes.

—Sírvase una tostada —dijo el presidente.

El secretario tomó asiento y empezó a comer.

—La policía se niega a intervenir —dijo al rato.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Dicen que su equipamiento es obsoleto. Piden armas químicas.

—¿Y qué hay del ejército? —preguntó el presidente.

—Nada —contestó el secretario, con la boca llena de mermelada.

—¿Nada? Explíquese.

El secretario tragó y dijo:

—No hay más ejército.

—¿Cómo dice? Llame al general Lareneg. Dígale que quiero hablar con él a la brevedad.

—No va a ser posible, señor. El general Lareneg falleció esta madrugada. El fue quien marchó al frente de las tropas anoche. y perdimos.

—Contra quienes.

—Contra las vacas, señor. El general Lareneg llamó a todos los soldados a aniquilar a las vacas del campo, pero fracasó. Las vacas estaban bien pertrechadas. Nos ganaron.

—¿Quiere café? —preguntó el presidente.

El secretario dijo que sí y se sirvió él mismo.

—Yo también quiero —dijo el presidente.

—Claro, señor —dijo el secretario y llenó la taza del mandatario.

—¿Y usted cree que... podremos contar con los bomberos?

—¿Los bomberos? Sí, creo que sí. El ministro del Interior está tratando de localizarlos.

—¿Localizarlos? ¿No están acaso en el cuartel?

—¿El cuartel? No, señor. El cuartel general de bomberos es ahora una quesería.

—¿Una quesería? Válgame Dios, qué idea. ¿Y hay mucha gente comprando?

—¿Comprando? No, todo lo contrario, señor. La gente huye de esa zona. Hay un olor espantoso.

—¿Espantoso? ¡Vamos! ¿No será por el queso roquefort? Quizá la gente de allí no sepa apreciar el olor del queso roquefort.

—¿Roquefort? No, señor, es queso cuartirolo. Queso cuartirolo en avanzado estado de descomposición. Y todas las ratas de la ciudad se están dirigiendo en manadas hacia allí.

—¿Hacia allí? Entonces es nuestra oportunidad de acabar con ellas. Llame a Bromatología y pídales que vayan a fumigar.

—¿Fumigar? Eso no será necesario, señor. Estoy seguro de que las ratas van a morir apenas prueben el queso.

—¡El queso! ¡Eso es! Haga que descarguen ese queso en la jefatura de policía. Quizá eso colme sus apetencias en cuanto a armas químicas.

—¿Químicas? Oh, no, señor. Este queso opera de otra forma. Es radiactivo.

—¿Radiactivo? ¡Excelente! Vaya usted al Ministerio de Energía y sugiérales que lo usen para construir una nueva central que nos abastezca de electricidad.

—¿Electricidad? Disculpe, señor, pero eso es lo que nos sobra en este momento. Es cierto que los ríos se secaron, pero hay mucho viento y las represas están funcionando a todo tren.

—¿A todo tren? Entonces hablaré con el canciller para que ofrezca energía barata a sus colegas de nuestros países limítrofes.

—¿Limítrofes? Ya no tenemos países limítrofes, señor. Pediré al Instituto de Geografía que le haga llegar cuanto antes un mapa que muestra nuestra actual posición. Nos hemos convertido en una isla.

—¿Una isla? ¡Vaya! —dijo el presidente, deteniendo con una servilleta el chorro de miel que le caía desde el bigote izquierdo.

—¿Izquierdo? —preguntó el secretario.

El presidente frunció el ceño.

—No comprendo lo que me quiere decir —dijo—. Qué es eso de izquierdo.

—Nada, señor —se excusó el secretario—. No sé por qué dijo eso. ¿Puedo servirme jugo de naranja?

—¿Jugo de naranja? ¡Por supuesto! Y de melón también, si lo desea. Está exquisito.

—¿Exquisito? No lo creo, señor. El jugo de melón es una mierda.

—¿Una mierda? Cuide su lengua, secretario. Va a necesitarla mucho si quiere seguir acompañándome en la empresa de sacar nuestro país a flote.

—¿A flote? Con el debido respeto, señor, creo que usted se equivoca. Lo que debemos hacer es todo lo contrario. El Instituto Oceanográfico me ha informado que nuestro país se elevó en las últimas horas varios metros en relación con su antigua posición respecto del nivel del mar. Esta elevación, por otra parte, no fue uniforme, sino que se ha ido acelerando. Se me ha informado que, de mantenerse esta aceleración, mañana habremos alcanzado la velocidad de escape de nuestro planeta.

El presidente se levantó y fue hasta la ventana. Miró el cielo azul, los pájaros negros y blancos, las nubes rosadas.

—Debemos encontrar una forma de reprimir a los banqueros —dijo.

—Quizá no sea necesario —contestó el otro—. La mayoría de los depósitos están en moneda extranjera. Si abandonamos la Tierra, ese dinero perderá todo su valor.

—Sírvame más café —dijo el presidente—. Voy a tomar ahora todo lo que pueda. Si abandonamos el planeta, ya no tendremos de dónde importarlo.

—Pero quizá podamos cultivarlo —contestó el secretario—. El regente del Observatorio Municipal me dijo que entraremos en órbita alrededor de Venus. El clima aquí se volverá propicio al cultivo de esa planta.

—¿Y qué pasará con los convenios internacionales que hemos suscrito? —preguntó el presidente—. ¿Ya no nos veremos obligados a respetarlos?

—Eso corre por cuenta de su conciencia —respondió el secretario.

El presidente empezó a juguetear con la cucharita del azúcar.

—Un momento —dijo—. Si nos vamos de la Tierra, ¿quién nos abastecerá de hierro para nuestra industria?

—Nadie lo hará, señor —dijo petulantemente el secretario—. Pero tendremos hierro de sobra. Y níquel hasta decir basta. Nuestro país no abandonará la Tierra solo, sino acompañado en su base por una porción de la parte exterior del núcleo metálico del planeta. Y no tendremos que excavar para obtener el hierro. Bastará con un viaje de pocos cientos de kilómetros en cualquier dirección.

—¿Y qué pasará con el agujero que dejamos en la Tierra? ¿Va a cerrarse?

—Desde luego. Y eso ocasionará movimientos sísmicos en el resto del planeta, que nadie olvidará. Puedo asegurarle que todos van a extrañarnos mucho. Apenas la astronáutica lo permita, ellos van a enviarnos regularmente tarjetas postales, no lo dude.

—Pero si el agujero se cierra ya nunca podremos volver. No habrá más lugar para nosotros.

—Y sí —dijo el secretario—. El que va a Sevilla pierde su silla.

—Cambiando un poco de tema —dijo el presidente, limpiándose la boca con una servilleta—, ¿cómo está su esposa? Hace tiempo que no la veo.

—Mi esposa está bien. Ayer tuvimos una pequeña riña, pero fue de rutina. Nada serio, usted sabe.

—No. No lo sé. ¿Por qué riñeron?

—Bueno, fue porque... en fin, tuvimos una discusión sobre su esposa, señor. Ella dijo ciertas cosas que... yo no pude permitirle y... verá usted, señor, voy a decírselo sin rodeos: mi esposa tiene un triste concepto de la suya. Considera que es una estúpida bastarda marrana.

—¡Mi esposa! —exclamó el presidente—. ¡Mi esposa no está en el país! ¡Ayer partió para concurrir a una reunión de beneficencia en Dinamarca! ¿Cree usted que estamos a tiempo de regresarla antes del despegue de nuestro país?

—Es posible —dijo el secretario, engullendo una feta de tocino mientras untaba una tostada con pasta de anchoas—. Pero no creo.

—¿No cree? —el presidente se echó a llorar desconsoladamente sobre un sillón púrpura que estaba contra una de las paredes, en la que había un gran cuadro representativo del prócer, solo, bien macho, sin ninguna hembra al lado.

—No se preocupe —dijo el secretario, estirándose en pos de palmear el hombro del jerarca, pero sin despegarse de su asiento. No llegó, porque el presidente estaba a más de cinco metros de él—. Yo no me preocuparía por una estúpida bastarda marrana.

—Creí que era su esposa quien tenía en tal concepto a la mía —dijo el presidente recobrando la serenidad, aunque en su tono de voz se insinuó un asomo de enojo.

—Así era ayer —dijo el secretario—. Pero después de nuestra riña, o mejor dicho como corolario de ella, mi esposa adoptó mi punto de vista y yo adopté el suyo.

—¿A saber?

—Que su esposa es una mujer noble y dadivosa, aunque ligeramente putona.

—¿Ligeramente?

—Sí. En cambio usted es un puto remachado.

—No me gusta el cariz que está tomando esta conversación —dijo el presidente—. ¿No podríamos hablar de otra cosa?

—Claro, señor, pero recuerde que tiene usted audiencia con la ministra de asuntos especiales.

—¿Asuntos especiales? No recuerdo que haya figurado nunca esa cartera en mi gabinete.

—Si no lo recuerda, eso es problema suyo, señor —dijo el secretario, torciendo la boca en mueca de consideración.

—Bien. Voy a conceder esa audiencia. Haga pasar a la ministra.

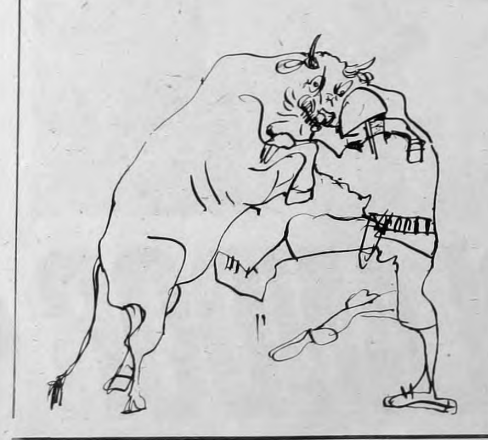
—Cómo no. Enseguida, señor.

El secretario se disponía a irse, cuando el presidente lo llamó por el apellido.

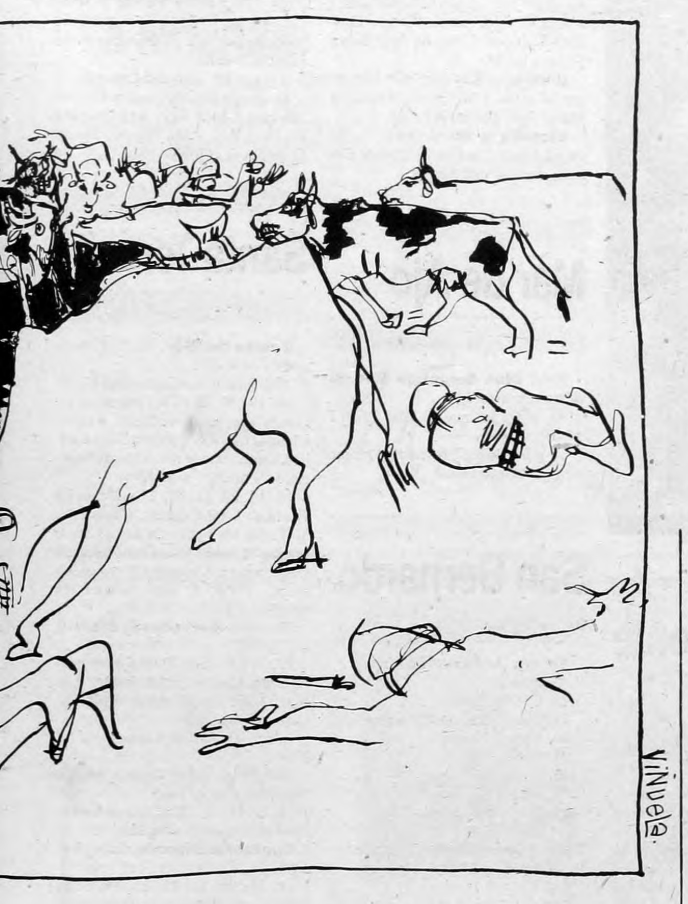
—¿Sí señor?

—Váyase a la mierda.

—Sí, señor.







A ROJA

Masliah

uruguayo y se
o para caminar
y la literatura
equilibrio. Ha
s, piezas de
as. Entre sus
can "Historia
de Floreal
l show de José
oscuro de la
ortuga y otros
ones De la Flor
próximo mes
vela "Tarjeta
ner capítulo se
e suplemento.

no fue uniforme, sino que se ha ido acelerando. Se me ha informado que, de mantenerse esta aceleración, mañana habremos alcanzado la velocidad de escape de nuestro planeta.

El presidente se levantó y fue hasta la ventana. Miró el cielo azul, los pájaros negros y blancos, las nubes rosadas.

—Debemos encontrar una forma de reprimir a los banqueros —dijo.

—Quizá no sea necesario —contestó el otro—. La mayoría de los depósitos están en moneda extranjera. Si abandonamos la Tierra, ese dinero perderá todo su valor.

—Sírvame más café —dijo el presidente—. Voy a tomar ahora todo lo que pueda. Si abandonamos el planeta, ya no tendremos de dónde importarlo.

—Pero quizá podamos cultivarlo —contestó el secretario—. El regente del Observatorio Municipal me dijo que entraremos en órbita alrededor de Venus. El clima aquí se volverá propicio al cultivo de esa planta.

—¿Y qué pasará con los convenios internacionales que hemos suscrito? —preguntó el presidente—. ¿Ya no nos veremos obligados a respetarlos?

—Eso corre por cuenta de su conciencia —respondió el secretario.

El presidente empezó a juguetear con la cucharita del azúcar.

—Un momento —dijo—. Si nos vamos de la Tierra, ¿quién nos abastecerá de hierro para nuestra industria?

—Nadie lo hará, señor —dijo petulantemente el secretario—. Pero tendremos hierro de sobra. Y níquel hasta decir basta. Nuetro país no abandonará la Tierra solo, sino acompañado en su base por una porción de la parte exterior del núcleo metálico del planeta. Y no tendremos que excavar para obtener el hierro. Bastará con un viaje de pocos cientos de kilómetros en cualquier dirección.

—¿Y qué pasará con el agujero que dejamos en la Tierra? ¿Va a cerrarse?

—Desde luego. Y eso ocasionará movimientos sísmicos en el resto del planeta, que nadie olvidará. Puedo asegurarle que todos van a extrañarnos mucho. Apenas la astronáutica lo permita, ellos van a enviarnos regularmente tarjetas postales, no lo dude.

—Pero si el agujero se cierra ya nunca podremos volver. No habrá más lugar para nosotros.

—Y sí —dijo el secretario—. El que va a Sevilla pierde su silla.

—Cambiando un poco de tema —dijo el presidente, limpiándose la boca con una servilleta—, ¿cómo está su esposa? Hace tiempo que no la veo.

—Mi esposa está bien. Ayer tuvimos una pequeña riña, pero fue de rutina. Nada serio, usted sabe.

—No. No lo sé. ¿Por qué riñeron?

—Bueno, fue porque... en fin, tuvimos una discusión sobre su esposa, señor. Ella dijo ciertas cosas que... yo no pude permitirle y... verá usted, señor, voy a decírselo sin rodeos: mi esposa tiene un triste concepto de la suya. Considera que es una estúpida bastarda marrana.

—¡Mi esposa! —exclamó el presidente—. ¡Mi esposa no está en el país! ¡Ayer partió para concurrir a una reunión de beneficencia en Dinamarca! ¿Cree usted que estamos a tiempo de regresarla antes del despegue de nuestro país?

—Es posible —dijo el secretario, engullendo una feta de tocino mientras untaba una tostada con pasta de anchoas—. Pero no creo.

—¿No cree? —el presidente se echó a llorar desconsoladamente sobre un sillón púrpura que estaba contra una de las paredes, en la que había un gran cuadro representativo del prócer, solo, bien macho, sin ninguna hembra al lado.

—No se preocupe —dijo el secretario, estirándose en pos de palmear el hombro del jerarca, pero sin despegarse de su asiento. No llegó, porque el presidente estaba a más de cinco metros de él—. Yo no me preocuparía por una estúpida bastarda marrana.

—Creí que era su esposa quien tenía en tal concepto a la mía —dijo el presidente recobrando la serenidad, aunque en su tono de voz se insinuó un asomo de enojo.

—Así era ayer —dijo el secretario—. Pero después de nuestra riña, o mejor dicho como corolario de ella, mi esposa adoptó mi punto de vista y yo adopté el suyo.

—¿A saber?

—Que su esposa es una mujer noble y dadivosa, aunque ligeramente putona.

—¿Ligeramente?

—Sí. En cambio usted es un puto remachado.

—No me gusta el cariz que está tomando esta conversación —dijo el presidente—. ¿No podríamos hablar de otra cosa?

—Claro, señor, pero recuerde que tiene usted audiencia con la ministra de asuntos especiales.

—¿Asuntos especiales? No recuerdo que haya figurado nunca esa cartera en mi gabinete.

—Si no lo recuerda, eso es problema suyo, señor —dijo el secretario, torciendo la boca en mueca de consideración.

—Bien. Voy a conceder esa audiencia. Haga pasar a la ministra.

—Cómo no. Enseguida, señor.

El secretario se disponía a irse, cuando el presidente lo llamó por el apellido.

—¿Sí señor?

—Váyase a la mierda.

—Sí, señor.



Mar del Plata

Villa Victoria. Matheu 1851
Cine en el parque martes y miércoles de enero y febrero a las 22.30. Organiza Fundación Cultural Cine Arte Mar del Plata con el auspicio de **Página/12.**
Martes 22: *Un tranvía llamado deseo.* Miércoles 23: *Cinema Paradiso.*
La casa permanecerá abierta todos los días, de 18 a 24, días soleados; y de 15 a 24 los días nublados.

Exposición de autos y motos antiguas y de colección: con la colaboración del Club de Autos de Colección y el Club de Motos Antiguas de Mar del Plata. 20 de enero de 16 a 20. Lamadrid 3870.

Orquesta sinfónica municipal Conciertos de verano. 21 de enero. Director: maestro Guillermo Becerra; obras de Johannes Brahma, Anatola Liadov, Nicolás Rimsky-Korsakov. Todos los conciertos se realizarán en el Teatro Colón a las 22.

Ciclo de verano en las playas. Desde el viernes 18 de enero en Playa Grande. Todos los viernes, sábados y domingos, rotativamente en: La Perla, Playa Grande, Constitución a partir de las 15. Juegos recreativos, narradores: viernes y sábados. Juegos y espectáculos: domingos.

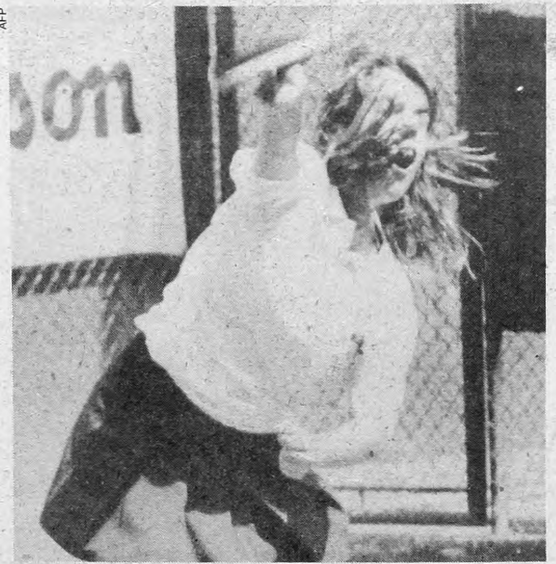
El Poeta y la Luna: en elTeatro del Notariado. Martes y jueves 22.30. Dirección Roberto Moss.

Mugres Tempestuosas: en el Teatro del Notariado. Viernes y lunes 22.30. Dirección Roberto Moss.

Panorama cultural de Casa de Madera, Rawson 2250. Jorge Melo: exposición de pinturas, 19 de enero al 1° de febrero, martes a domingos de 18 a 21.30.

Teatros: Auditórium y Roberto J. Payro. Viernes 18: Lito Nebbia, domingo 20: Opus Cuatro.

AFP



Campeonato Internacional de Tenis en Gesell.

Villa Gesell

Teatro Atlas. Paseo 108 entre Av. 3 y 4.
Día 18/01: César "Banana" Pueyrredón. 19/01: Charly García. 20/01: Charly García. 22/01: Valeria Lynch. 23/01: Ratones Paranoicos. 24/01: Sergio Denis. A las 23.

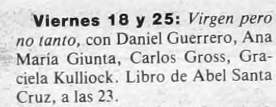
Campeonato Internacional de Tenis "Copa ciudad Villa Gesell". Sede: Villa Gesell Lawn Tenis, Av. 12 y Paseo 128. Fecha: 15 al 20 de enero de 1991. Auspicia Dirección Municipal de Turismo.

San Clemente del Tuyú

Lunes 21: Inodoro Pereyra *El Renegau,* con Rudy Chernicoff en el Teatro de la Galería, calles 1 y 3 a las 23. Sábado 19 y martes 22 *Brillantísima,* con Haydeé Padilla a las 23.

Miércoles 23: *Hay que privatizar el cielo,* con Camila Perissé y Mario Castiglione, a las 0.30.

Jueves 24: I Medici con *Hasta que la muerte nos separe,* a las 23.



Viernes 18 y 25: *Virgen pero no tanto,* con Daniel Guerrero, Ana María Giunta, Carlos Gross, Graciela Kulliock. Libro de Abel Santa Cruz, a las 23.

Domingo 20: *Hay que privatizar el cielo,* con Camila Perissé y Mario Castiglione. A las 23.

Viernes y domingos: A las 19.30, *Catch con Los fuertes de Camila,* con Camila Perissé.

Mar de Ajo

En el **Club Social de Mar de Ajo,** Lebehson 253.
22: todos los martes a las 22.30 *I Medici Concert.*
18 y 24: Boxeo profesional (lugar no indicado todavía)

San Bernardo

Teatro Arenas, Chiozza y J. V. González.
18, Charly García.
19, César "Banana" Pueyrredón.
20, Valeria Lynch.
21, Silvina Garré.
22, Sergio Denis.
23, Nicola Di Bari.
24, Horacio Guarani.

Teatro Candilejas: Chiozza e/J. V. González y Mesajerías.

Lunes 21: *Bailanta loca,* a las 22.

Martes 22: *Hay que privatizar el cielo,* con Camila Perissé y Mario Castiglione.
Miércoles 23: *Brillantísima* con Haydée Padilla.
Viernes 18: *I Medici Concert.*
Domingo 19: *Falsificaciones,* con Marcela López Rey, Ilda Bernard, Gustavo Rey, Aldo Bigatti, Sandra Domínguez, Mónica Salvador.

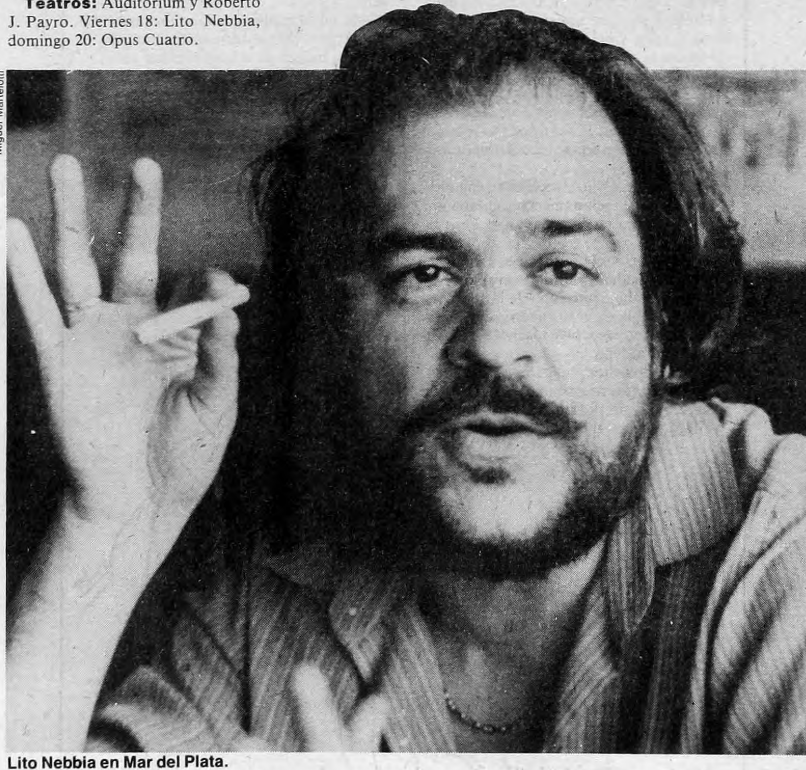
Santa Teresita

Teatro del Mar, Av. J. F. Kennedy y calle 27.
Miércoles a domingos a las 22.30.
18, 19, 20, 23 y 24: *Propuesta escandalosa,* con Rodolfo Ranni, Claudia Lapacó, Patricia Dal y Emilio Comte, bajo la dirección de Francisco "Pancho" Guerrero.
18, 19, 20, 21, 22, 23 y 24: en La Fontaine Café Concert, Calles 38 y 3. Todas las noches a las 23.30 se presentan desde Entre Ríos Ricardo Leguizamo y Alejandro Pirro en *En hum, OPR ("En humor la opción...")*

Teatro Amarcord, Calle 2 e/37 y 38.
22, 23 y 24: a las 23.45 *Virgen pero no tanto.* Elenco: Daniel Guerro, Ana María Giunta, Graciela Kullock, Carlos Gross.
Lunes 20: *I Medici concert,* a las 23.45.
Domingos: Jorge Corona en dos funciones a las 22 y 24.
18, 19, 21, 22, 23, 24: Lunes a sábados *Falsificaciones* a las 22.

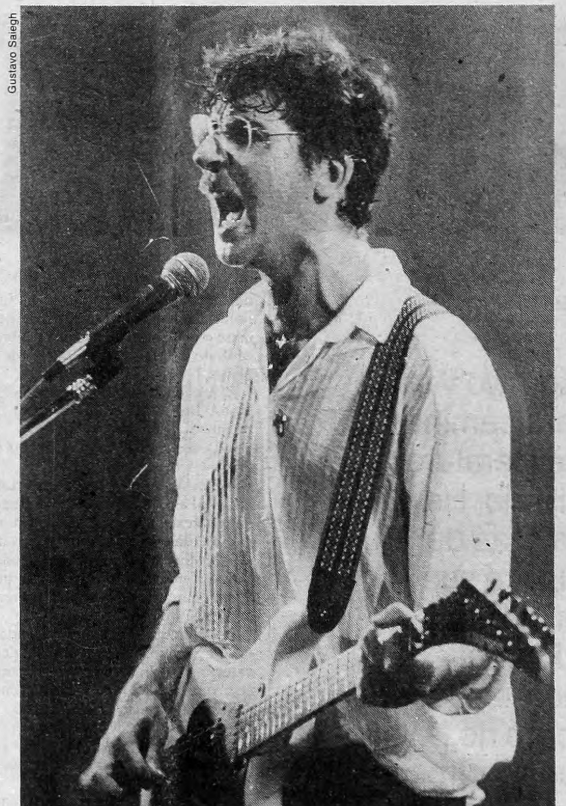
Confitería Simon's, Calle 35 e/ 3 y 4.
18, 19, 20, 21, 22, 23, 24: Gran Bailanta con Pichi Landi desde las 23.

Miguel Martelotti



Lito Nebbia en Mar del Plata.

Gustavo Saiegh



Charly García en San Bernardo.